



## ACTO CUARTO.

### ESCENA I.

D. ANSELMO y D. DIEGUITO.

D. ANSELMO.

Según eso, no tendrás  
el más pequeño recelo.

D. DIEGUITO.

Ni por pienso.

D. ANSELMO.

Gran consuelo  
con tu confianza me das.

D. DIEGUITO.

Me juró constancia eterna.

D. ANSELMO.

Entonces hay que temer,  
pues si jura la mujer,

dormir puede el hombre á pierna  
suelta, que sucederá  
lo propio que sucediere.

D. DIEGUITO.

Es mucho lo que me quiere.

D. ANSELMO.

Si lo dice, claro está.  
Mas los amantes y amigos  
suelen desdecirse presto.

D. DIEGUITO.

Ay tío, no temáis esto;  
porque tengo dos testigos  
imparciales, por si acaso.

D. ANSELMO.

Si los tienes no replico;  
mas dí ¿en dónde?

D. DIEGUITO.

En su abanico.

D. ANSELMO.

¡Calla! pues si llega el caso  
de una vil alevosía  
y trata de abandonarte,  
no tienes que molestarte,  
llévalo á la vicaría  
y te casan.

D. DIEGUITO.

Sí lo haré.

D. ANSELMO.

Y de tu amante el desaire

demuestras: porque en el aire  
escriben ellas su fe.

D. DIEGUITO.

Simplicio también oyó  
tan sincero juramento.

D. ANSELMO.

¿Y apoyaba vuestro intento?

D. DIEGUITO.

Toma, pues si presidió  
el acto.

D. ANSELMO.

¿Cómo?

D. DIEGUITO.

Enlazando

nuestras manos.

D. ANSELMO.

¡Sin cordel!

D. DIEGUITO.

No lo necesitaba él  
por cierto; considerando  
que con las tuyas podía  
hacerlo.

D. ANSELMO.

Entonces no insisto;  
mas famosísimo pisto  
de manos se formaría.

D. DIEGUITO.

Así ya no temo nada.

D. ANSELMO.

Bien haces, pero no olvides  
á D. Cleto y te descuides.

D. DIEGUITO.

¡Descuidarme! ¡qué bobada!  
bueno fuera cuando ayer  
noche tan mal me trató.

D. ANSELMO.

Pues antes, bien te aduló.

D. DIEGUITO.

No lo advertí.

D. ANSELMO.

¿Y su mujer?

D. DIEGUITO.

Me dijo doscientas cosas  
que mi amor propio ofendieron.

D. ANSELMO.

¡Ola Diego! ¿y qué se hicieron,  
las palabras cariñosas,  
los elogios y cumplidos  
de la tal doña María?

D. DIEGUITO.

No lo sé por vida mía.

D. ANSELMO.

¿Si acaso fueron fingidos?

D. DIEGUITO.

¿Fingidos?

D. ANSELMO.

Pues.

D. DIEGUITO.

¿Y á qué asunto?

D. ANSELMO.

¡Qué sé yo! pero ¿no extrañas  
que distinciones tamañas  
se acabasen tan á punto?

D. DIEGUITO.

Ello es muy particular.

D. ANSELMO.

¿Quién dice que no lo es?  
mas con todo el interés  
acostumbra disfrazar  
con la máscara engañosa  
del cariño su intención,  
y si pierde la ocasión  
se descubre.

D. DIEGUITO.

Linda cosa.

D. ANSELMO.

De otro modo no concibo  
que quien te estime de veras,  
hoy te suba á las esferas,  
y luego te trate esquivo.  
Tan rara contradicción  
nunca cupo en la amistad,  
que en ella la voluntad  
sujeta está á la razón.

El amigo verdadero  
aunque fino y complaciente,  
aunque á veces indulgente  
no por eso es lisonjero.

Excusa, pero no irrita,  
aprecia, pero no ensalza,  
y si el mérito realza  
el desengaño no evita.  
Diego, no nos engañemos  
y huyamos siempre de aquel  
que ora tierno, ora cruel,  
no conoce sino extremos.

D. DIEGUITO.  
Siendo así, fuerza es huir  
del dichoso matrimonio  
cual si fuera del demonio,  
pues no hace sino reñir  
y llamarme presumido,  
y majadero, necio, tonto...

D. ANSELMO.  
Puedes serlo, mas tan pronto  
no has de haber entontecido;  
y pues antes te llamaban  
lo contrario, vive Dios  
que te engañaban los dos,  
como un chino.

D. DIEGUITO.  
¡Me engañaban!

D. ANSELMO.  
O te insultan sin razón

ahora, que no puede ser  
rebuzne hoy quien supo ayer  
hablar como un Cicerón.

D. DIEGUITO.

Si tal supiera....

D. ANSELMO.

Y á tí

¿qué te importa? ¿no es tu amante  
tan bella como constante?  
¿no es fiel don Simplicio?

D. DIEGUITO.

Si.

D. ANSELMO,

Pues entonces búrlate  
del vejete y de la harpía,  
y en tu Adelaida confía;  
peor fuera sobrino....

D. DIEGUITO.

¿Qué?

D. ANSELMO.

Nada, porque estás seguro;  
pero hay muchacha que quiere  
al que su padre prefiere  
para marido futuro,  
dejándole de querer  
con igual facilidad  
si la misma autoridad  
exige tal proceder;

y no es falso testimonio lo dicho, que en caso igual no se ama á don Juan de tal sino á don Juan matrimonio.

D. DIEGUITO.

Pero no entiendo....

D. ANSELMO.

Decía, que fuera mucho peor si de tu Adela el amor á este otro se parecía. Por fortuna no es así; y respecto á que te adora y á que se acerca la hora de que pronunciéis el sí que los dos apeteceís; veamos si se han levantado los de casa.

D. DIEGUITO.

¿Qué hora ha dado?

D. ANSELMO.

Pienso que fueron las seis, y muy pronto espero yo con Simón al escribano.

D. DIEGUITO.

Me parece muy temprano.

D. ANSELMO.

Para quien se casa no.

D. DIEGUITO.

Pues vámonos á vestir.

D. ANSELMO.

¿Estás desnudo salvaje?

D. DIEGUITO.

No señor, pero este traje no es propio para lucir, y en tal día ...

D. ANSELMO.

Patarata.

D. DIEGUITO.

¡Se puede acaso negarl....

D. ANSELMO.

Mira, ¿quieres apostar á que yo con gorro y bata y sin mi buen peluquín logro llamar la atención más que tú, en esta ocasión, aunque estés un serafín?

D. DIEGUITO.

Usted señor se chancea.

D. ANSELMO.

Allá lo veremos Diego.

D. DIEGUITO.

Bueno será verlo, y luego podrá ser que yo lo crea.

D. ANSELMO.

Anda hombre, adórnate bien,  
mas no tardes . . .

D. DIEGUITO.

Al instante.

D. ANSELMO.

Que quiero ver elegante  
á un pasiego parisién.

## ESCENA II.

DON ANSELMO.

D. ANSELMO.

Pobrecillo, y qué trabajo  
le cuesta el desengañarse  
confesándose á sí mismo  
lo poco ó nada que vale.  
Este maldito amor propio  
nos ciega; cuántos ultrajes,  
cuántos disgustos pudiera  
un hombre en su vida ahorrarse  
si un espejo racional  
tuviese siempre delante:  
allí el presumido Adonis  
detestara sus visajes,  
el lindo se hallara feo,  
el semi-sabio ignorante,  
y en fin para concluir  
aunque sólo se ganase

que las mujeres se vieses  
mujeres y no deidades,  
se adelantaba no poco;  
no deben así arredrarme  
para el plan que me he propuesto  
las muchas dificultades.  
Continuemos, pues que ya  
empieza á manifestarse  
sus ventajas: mi sobrino  
desconfía de los padres,  
y principia á concebir  
que pudieron engañarle;  
quién sabe si en este día  
detestando falsedades  
renegara como algunos  
de su amigo y de su amante.

## ESCENA III.

DOÑA MARIA, DOÑA ADELAIDA

*y dicho.*

DOÑA MARIA.

Vamos chica, no me olvides  
la lección, ese semblante *Aparte*  
*á Doña Adelaida.*

opaco, los ojos bajos,  
y en tu figura cierto aire  
de timidez, de reserva  
como quien vá á declararse  
y no se atrave.

Doña ADELAIDA. *Aparte á doña María.*

Sí, pero  
no vendrá mal que se escape  
de cuando en cuando un suspiro.

Doña MARIA. *Aparte á doña Adelaida*  
Cierto, mas no los malgastes;  
y si suspiras que sea  
con mucha discreción.

D. ANSELMO *Aparte.*  
Tate,  
ya están aquí.

Doña MARIA.  
¡Ola amigo!  
para ser después de un viaje,  
éste es mucho madrugar.

D. ANSELMO.  
Acostumbro levantarme  
con el día.

Doña MARIA.  
¡Jesús! ¿y cuando  
se acostumbra en los lugares  
acostarse?

D. ANSELMO.  
Con la noche.

Doña MARIA.  
¡Ay! pues en las capitales  
es todo al revés.

D. ANSELMO.  
Es cierto.

Doña MARIA.  
¿Y ha extrañado vd. el catre?

D. ANSELMO.  
¿Cómo quiere vd. señora  
siendo bueno que lo extrañe?

Doña MARIA.  
Según eso ¿durmió vd.  
bien?

D. ANSELMO.  
No amiga, tuve un grande  
desvelo, un desasosiego  
que me impidió que cerrase  
los ojos hasta las cinco  
cuando menos, mas no hable  
por la Virgen en tal día  
de friolera semejante.  
Hablemos ahora de boda  
y del novio y . . .

Doña MARIA.  
Gran dislate,  
no señor; hablemos ahora  
de vd. sólo y de sus males,  
que después . . . también la niña  
nos dió esta noche bastante  
cuidado.

D. ANSELMO. *A doña Adela, con interés.*  
¿Estuvo vd. mala?

Doña ADELAIDA.  
Sí señor, tuve un ataque  
horroroso.

D. ANSELMO.

¿Fué de nervios?

DOÑA ADELAIDA.

Me inclino á que sí.

D. ANSELMO.

¡Qué diantrel  
y opresión después al pecho?

D.<sup>a</sup> ADELAIDA.

Lo mismo que si me ahogase.

D. ANSELMO.

Gran calor ¡eh!

DOÑA ADELAIDA.

Mucho.

D. ANSELMO.

¿Y frío  
en ambas extremidades?

DOÑA ADELAIDA.

En ambas.

D. ANSELMO.

¡Cosa más rara!

DOÑA ADELAIDA.

¿Por qué?

D. ANSELMO.

Porque tuve iguales  
síntomas.

DOÑA ADELAIDA.

¡Qué dice vd!

D. ANSELMO.

Nervios, ahogúo, incesantes  
latidos, palpitación,  
calor, frío y no hay qué cansarse,  
tuve lo mismo que vd ;  
sólo por diferenciarme  
en algo, senti además  
una especie de volcanes,  
que abrasándome subían  
desde el estómago....

DOÑA ADELAIDA.

¡Calle!  
si á mi también me subían.

D. ANSELMO.

¡También á vd.! pues es lance  
del demonio.

DOÑA ADELAIDA.

Sí señor;  
he creído anoche abrasarme.

D.<sup>a</sup> MARIA.

Quizá vuestro mal es uno  
mismo, y no debe extrañarse  
que entonces....

DOÑA ADELAIDA.

¡Ay!

D. ANSELMO.

¡Suspiras!



DOÑA MARIA.

Sí desde ayer por la tarde  
está la pobre....

DOÑA ADELAIDA.

¡Ay!

D. ANSELMO.

¿Pues qué  
tiene?

DOÑA MARIA.

Sin duda pesares.

D. ANSELMO.

¡Pesares en día de boda!

DOÑA ADELAIDA.

¡Ay!

D. ANSELMO.

¡Otro suspiro!

DOÑA MARIA.

Es dable  
que alguna cosa que ha visto....

DOÑA ADELAIDA.

¡Ay!

D. ANSELMO.

Otro.

DOÑA MARIA. *Aparte á doña Adelaida.*

Basta ignorante,  
eso es suspirar á estajo.

D. ANSELMO.

¡Y qué! ¿no podréis confiarme  
ese terrible secreto?

DOÑA MARIA.

Si pudiera lisonjearse  
que usted....

D. ANSELMO.

¿Y puede dudarlo?

¿Existe acaso quien trate  
con más interés los suyos,  
ni quien tome mayor parte  
en sus gustos, en sus penas?

D.ª MARIA.

Hija vamos.....

DOÑA ADELAIDA.

Es en balde,

Mamá perdóneme vd.  
al señor menos que á nadie.

D. ANSELMO.

¿Y por qué tal desconfianza?

DOÑA MARIA.

Mire vd. es disculpable,  
pues en verdad hay secretos  
que deben adivinarse  
y no decirse.

D. ANSELMO.

Señora,

¿fuí yo nunca nigromante?

DOÑA ADELAIDA.

Ya, pero cómo se dice  
á un hombre que... no se cause  
vd. por Dios, porque no  
se lo digo aunque me maten.

D ANSELMO.

¿Os dió acaso mi sobrino  
motivo de queja grave?  
¡calla vd. y no responde!  
¿le encontráis menos amable?  
¿baja vd. los bellos ojos?  
quizá vuestro pecho amante  
habrá encontrado otro objeto  
más digno, más... no me engañe  
usted querida Adelaida;  
porque usted misma no sabe,  
si me dice la verdad,  
lo que puede interesarle.

DOÑA MARIA *Aparte á doña Adelaida.*

Llora, necia.

D<sup>ca</sup> ADELAIDA.

¡Ay Virgen mía! *Llora.*

D. ANSELMO.

¡Qué! ¿llora usted?

DOÑA MARIA.

¡Toma, á mares!

DOÑA ADELAIDA.

¡Qué desgraciada nació!

D. ANSELMO.

No quisiera equivocarme  
pero el amor... el deseo...  
este llanto... Aquellos ayes...  
su rubor... La mala noche...

DOÑA MARIA.

Y todo desde ayer tarde.

D. ANSELMO.

¿Esto es desde que llegué?

DOÑA MARIA

Sí señor desde ese instante.

D. ANSELMO.

Bien sabe Dios...

DOÑA MARIA.

Pues amigo

ella no puede explicarse  
más claro.

DOÑA ADELAIDA.

Y si D. Anselmo,  
sabe amar, debe evitarme  
mayor confusión.

D. ANSELMO.

Sí amada

Adela, fuera un vinagre,  
un imbécil, si después  
de demostraciones tales  
no supiera á que atenerme,  
y mi dicha no apreciase.

Pero ya se vé, esta dicha á la verdad es tan grande, tan inesperada, que para imaginarla fácil, es preciso que los labios la confirmen, y la....

DOÑA MARIA.

Dale bola, cuando una muchacha calla en casos semejantes es suficiente.

D. ANSELMO.

Con todo fuera harto mejor que hablase, porque la que habla no deja duda, y no debe quedarle ninguna, á quien como yo teme tanto equivocarse. Vamos Adelaida, vamos dignese usted confirmarme mi felicidad.

DOÑA ADELAIDA.

¡Qué malo es vd.!

D. ANSELMO.

¿Y mis maldades cuales son?

D. ADELAIDA.

Pues ya que vd.

se empeña en abochornarme será fuerza que le diga que desde que le ví... ¡ay madre! si vd. no ayuda, jamás tendré valor.

DOÑA MARIA.

¿Se persuade vd. ya de que la niña le quiere? ¿Os queda un adarme de duda?

D. ANSELMO.

Ahora no, mas siempre cofiiese vd. que un amante con peluca, hace muy bien por si acaso, en no confiarse. Yo la tengo á pesar mío, y además (sin adularme) tengo mis buenas arrugas, y mis sendos alifafes, y mi tos y mi ronquera, y en fin lo que es inseparable de la edad; pero también lo que es harto repugnante para el amor: así amiga no se queje vd ni extrañe si yo....

DOÑA MARIA.

Y no dice vd. nada de sus prendas relevantes

de su mérito, experiencia  
y....

D. ANSELMO.

Si tengo bastante  
experiencia, no lo niego;  
pero ella misma es quien me hace  
incrédulo, pues se adquiere  
á costa de Navidades.  
Luego, Dieguito es un joven....

DOÑA ADELAIDA.

Demasiado..

D. ANSELMO.

Es elegante....

DOÑA ADELAIDA.

Un hombre es mucho mejor  
para marido.

D. ANSELMO.

Tiene aire  
cortesano....

D<sup>ca</sup> ADELAIDA.

Si tendrá;  
pero al cabo siempre es aire.

D. ANSELMO.

Versifica....

DOÑA ADELAIDA.

No me gusta  
andar tras los consonantes.

D. ANSELMO.

Baila....

DOÑA ADELAIDA.

Talento pedestre.

D. ANSELMO.

Y en fin tiene habilidades  
que juntas le constituyen  
un rival muy formidable.

D<sup>ca</sup> ADELAIDA.

Para vd. es bien pequeño.

D. ANSELMO.

Ojalá, mas olvidarme  
no puedo, de que vd. misma  
no lo halló tan despreciable  
cuando....

D<sup>ca</sup> ADELAIDA.

Si le admiti fué  
por obediencia á mis padres.

D. ANSELMO.

Con todo, vd le alababa....

DOÑA ADELAIDA

¿Sintió vd. que le alabase?

D. ANSELMO.

Sentirlo no, pero nunca  
á quien sabe amar, complacen  
las ajenas distinciones;  
y esto no debe extrañarse,  
porque el amor propio siempre  
se ofende y....

DOÑA ADELAIDA.

Basta, no pase  
vd. cuidado que...

D. ANSELMO.

Pero...

DOÑA ADELAIDA

Ya verá vd. si se sabe  
complacerle.

D. ANSELMO.

No os entiendo.

DOÑA ADELAIDA.

Yo si entiendo á vd. y baste.

#### ESCENA IV.

D. DIEGUITO *y dichos.*

D. DIEGUITO.

Era tanta mí impaciencia,  
señoras, de presentarme  
á vdes. que yo no sé  
como pude acicalarme  
tan pronto, vaya, yo mismo  
estoy admirado.

DOÑA ADELAIDA. *A D. Anselmo,*

Suave

frescor, hermosa mañana,  
amigo, para pasearse.

D. ANSELMO.

Mas no muy segura, pues  
el tiempo tira á variable.

D. DIEGUITO.

Figúrese vd. que vengo  
casi, casi sin peinarme  
porque, ¿quién diablos repara  
en vísperas de casarse  
en un rizo más ó menos?

D.<sup>a</sup> ADELAIDA. *A D. Anselmo.*

¿Sería vd. de dictamen  
que diésemos cuatro vueltas  
por el jardín?

D. ANSELMO.

Lo que mande  
vd. querida Adelaida,  
nunca puede disgustarme.

D. DIEGUITO.

¡Qué es esto! ninguno ve  
ni oye.

DOÑA ADELAIDA. *A D. Anselmo.*

Pues entonces dadme  
vuestro brazo y vamos.

D. ANSELMO.

Vamos.

D. DIEGUITO.

¡Ay que se van sin hablarme!  
No, pues no piensen que yo

he de sufrir tal desaire;  
tío, tío, señorita....

D. ANSELMO.

¡Ola! ¿tú aquí?

D. DIEGUITO.

Toma si hace  
dos horas que....

D. ANSELMO. *A D<sup>ña</sup> Adelaida.*

Mire vd.  
qué adornado, qué elegante  
se presenta....

DOÑA ADELAIDA.

¿Quién?

D. ANSELMO.

Dieguito.

DOÑA ADELAIDA.

¡Jesús, señor y qué traje  
tan ridículo!

D. DIEGUITO.

Señora,  
¿Qué es lo que vd. habla?

DOÑA ADELAIDA.

Sastre  
como el de vd. no se encuentra  
aunque se busque en Getafe,

D. DIEGUITO.

Sí es la última moda y....

DOÑA ADELAIDA.

Vaya,  
es preciosísimo el fraque;  
con sus faldones de cola  
á manera de faisanes,  
sus botones de metal  
avelonado, su talle  
de doncellita opilada,  
y en fin su cuello de abate;  
pues y el pantalón.... ¡qué corto!  
¿sirvió acaso á vuestro padre?

D. DIEGUITO.

Adelaida ¿está vd. loca,  
ó quiere vd. sofocarme?

DOÑA ADELAIDA.

Vámonos pues y dejemos *A D. Ansel.*  
á el señor con sus disfraces,  
que solamente son buenos  
para cuando llegue un baile  
de máscaras.

D. DIEGUITO.

Tan siquiera  
permitid que os acompañe.

DOÑA ADELAIDA.

No, que se levanta fresco,  
y puede vd. constiparse.

D. ANSELMO.

Quédate, quédate aquí,  
y así podrás avisarme  
cuando venga el escribano

D. DIEGUITO.

Deteneos un instante.

DOÑA ADELAIDA.

¿Para qué?

D. DIEGUITO.

Tengo unos versos  
que podieran recitarse  
y....

DOÑA ADELAIDA.

Pues yo no tengo tiempo  
para escuchar vaciedades.

### ESCENA V.

DON DIEGUITO Y DOÑA MARIA.

D. DIEGUITO.

¡Sin duda yo estoy soñando!

DOÑA MARIA.

Hay sueños que son verdades.

D. DIEGUITO.

¿Y podéis, señora mía,  
en este caso, explicarme  
á quien debo yo el favor  
de tan nuevas sequedades?

DOÑA MARIA.

A vd. mismo.

D. DIEGUITO.

Muchas gracias.

DOÑA MARIA.

Qué no pueden aguantarse  
presunción y vanidad  
juntas, en quien nada vale.

### ESCENA VI.

DON DIEGUITO.

D. DIEGUITO.

Apostemos dos ochavos  
á que si llego á enfadarme  
á todos mando á pasear;  
¡qué palabras! ¡qué modales!  
¡qué sonrisas tan burlonas!  
y todo antes de casarme;  
pues, señor, no sé qué harán  
cuando en efecto me case.

### ESCENA VII.

DON DIEGUITO Y DON SIMPLICIO.

D. SIMPLICIO.

¡Válgame Dios! Si se habrá  
agotado el chocolate.

D. DIEGUITO.

¡Ay Simplicio de mi vida  
venga vd. á consolarme!

D. SIMPLICIO.

Estoy de prisa amiguito.

D. DIEGUITO

Todo el mundo se complace  
en mi mal.

D. SIMPLICIO.

Cuando es ajeno  
suele ser muy agradable.

D. DIEGUITO.

Sepa vd. que mi Adelaida  
me desprecia.

D. SIMPLICIO.

Disparate;  
eso será disimulo.

D. DIEGUITO.

No señor, que sus desaires  
son bien claros.

D. SIMPLICIO.

Pues entonces  
no debe vd. molestarse  
en necias cavilaciones.

D. DIEGUITO.

¿Por qué?

DON SIMPLICIO.

Porque es indudable  
que quien desaira no quiere.

D. DIEGUITO.

¡Lindo consuelo!

D. SIMPLICIO.

Apreciarle  
debe vd. si por lo menos  
le desengaña.

D. DIEGUITO.

¡Qué diantrel!  
Ni por política quiso  
detenerse ni escucharme  
estos versos....

D. SIMPLICIO.

Con que.... agur,  
porque se va haciendo tarde.

D. DIEGUITO.

Leedlos por vida mía.

D. SIMPLICIO.

No puedo, no.

D. DIEGUITO.

Vaya, acabe  
vd. por Dios de tomarlos.

D. SIMPLICIO.

Es empeño formidable,  
¿y para qué?

D. DIEGUITO.

Para ver  
si son buenos.

D. SIMPLICIO.

¡Qué donaire!  
¿pues qué acaso puede serlo?



D. DIEGUITO.

¡Qué dice vd.!

D. SIMPLICIO.

Que no valen  
sus versos de vd. un bledo.

D. DIEGUITO.

¿Y mi soneto?

D. SIMPLICIO.

Pasable  
á duras penas.

D. DIEGUITO.

Y vd.

¿no lo encontraba admirable  
ayer noche cuando menos?

D. SIMPLICIO.

Si por moneda contante  
toma vd. cuanto le dicen  
podrá al cabo equivocarse  
en su cuenta, que quien no  
sabe restar, nada sabe.

D. DIEGUITO.

Eso es decirme....

D. SIMPLICIO.

Que vd.

es un pobre principiante  
que si se aplica, podrá  
con el tiempo señalarse  
y ser algo, pero que ahora  
es sólo....

D. DIEGUITO.

¿Qué?

D. SIMPLICIO.

Un badulaque.

### ESCENA VIII.

DON DIEGUITO.

D. DIEGUITO.

¡Habrá tamaña insolencia!  
y este es mi amigo.... pedante,  
pícaro, desvergonzado,  
yo te diré.... pero tate,  
¡y si dice la verdad  
por qué debo de enfadarme!  
Vamos, no hay remedio, es fuerza  
que á todos juntos les cante  
la palinodia, y que sepa  
como yerno y como amante  
á lo que debo atenerme,  
pues no es justo que se paguen  
antes de casarse deudas  
que después se satisfacen.

